

Americano. La ciudad incita por su limpieza, comparable sólo a la fama de las ciudades de Holanda. No se ve ni un grano de polvo en la juntura de los adoquines; parece todo recién lavado a todas horas.

Su gran Plaza del Comercio —antigua terraza del Palacio Real, donde doña Inés de Castro “reinará después de morir”— abriéndose en esplanada sobre el Tajo, presenta un aspecto distinto a todo lo que se ve en Europa. Da la impresión de un puerto fenicio todavía, de donde las naves zarpaban a lo desconocido —no es posible dejar de asociar la historia en todo lo que se ve en Europa—. De sus muelles salen los barcos por el río y hacia el mar en todas direcciones. Topamos en Lisboa con la barrera del idioma, sobre todo para el teatro. El teatro en francés o en italiano se entiende aunque no se domine el idioma, y aun más en inglés, pero en portugués no se oyen palabras sino sonidos. Eso sí, sus atracciones turísticas son verdaderamente bellas e interesantes —de imponderable belleza e importancia.

El Castillo de San Jorge, que se alza en una de las siete colinas —porque Lisboa, como la antigua Roma, está construida sobre siete colinas— este castillo es algo de lo más evocador. Caminando por sus calles, sus torres y sus campos donde crecen los olivos, me decía Claudia de Padilla “hace la impresión de que se anda por las calles de la Tierra Santa.” Los muros del Castillo, las almenas, y los pozos como el de la Samaritana —que son parte de la arquitectura del Castillo y en uno de los cuales Froylán tomó con Deyanira y conmigo una fotografía— todo, trae como una evocación de Palestina; hasta los gitanos que se ven por las cercanías trajeados con sus ropas medio orientales ¡y el tiempo era como de Domingo de Ramos! pues la nieve y el frío habían quedado a muchas millas de distancia. Todo el tiempo en Lisboa fue magnífico.

El Monasterio de los Jerónimos, de estilo manuelino, es una filigrana tallada en piedra, lo mismo que la Catedral, y toda es piedra blanca, blanquísima. Lisboa es una ciudad relativamente nueva, pues fue destruida totalmente por el terremoto de 1755, de modo que lo que no es nuevo es reconstruido. El Invernadero es algo nunca visto en otro lugar del mundo. Es de tal belleza que cree uno estar soñando; no sólo la belleza de sus plantas, de sus palmas gigantes, de sus árboles extraños, sino la belleza del estanque que lo rodea, los surtidores, la estructura misma del Invernadero, es algo nunca visto. Ni en París ni en

Washington, ni en Nueva York, ni en México, en ninguna parte.

Y la avenida Libertades, donde nos sentamos a disfrutar de una plácida mañana. Esa gran avenida tiene seis hileras de árboles y es algo que no se ha visto en otra ciudad de Europa: bordeada de estanques a uno y otro lado, con cisnes blancos y caídas de agua, en toda su longitud. Esta avenida comienza en la Plaza Rossio y termina en el Invernadero.

La Plaza Rossio, casi frente a nuestro hotel Avenida Palace, es el centro de mayor actividad de Lisboa; la decoran dos hermosas fuente monumentales y el grandioso monumento a Pedro IV.

Lisboa fue el término de nuestra gira por Europa para seguir en el Super Consteleishon trasatlántico hasta Nueva York.

Otra vez el Atlántico debajo de nosotros, otra vez la noche de largas horas en una cabina cerrada y confiados en la Providencia. Pero el vuelo es espléndido y la llegada a New York amaneciendo fue magnífica.

En New York nuestro programa fue de tiendas, pues el programa artístico se hizo en los días preliminares para Europa. Fueron entonces los museos, las catedrales, los monumentos, los teatros, el cinerama, los parques, los lugares de exhibiciones, los restaurantes de lujo, visita al Empire, a las oficinas de Rockefeller, a La National Broadcasting, a la Estatua de la Libertad, al edificio de las Naciones Unidas, etc. . .

Luego a Miami, ciudad hecha como para el descanso de toda fatiga. Cuatro días viendo el mar y navegando por las aguas de Miami Beach. En Miami también el programa absorbe tiendas, pues es la ciudad de los grandes “sales” y se desearía adquirirlo todo si no fuera por la contradicción de las aduanas. De ahí, en vuelo directo a San José, bajando apenas unos minutos en Managua donde el Momotombo, amigo muy conocido ya, es el primero en recibir al viajero que llega a la tierra de los Lagos.

Amalia de SOTELA

San José, Costa Rica. 1957.

La República de Nicaragua y el Sr. Joaquín Zavala

(Carta de Antonio ZAMBRANA)

(Envío de Dn. Alejandro Cárdenas).

Un regalo sin duda ofrecemos a nuestros lectores en la hermosa carta del Sr. Antonio Zambrana, que al pie imprimimos, en la cual, con motivo de la próxima visita a New York del eminente nicaragüense Sr. Joaquín Zavala, encomia, como es de justicia, las ejemplares virtudes cívicas que a Nicaragua distinguen, y la hacen admirable. Que los Estados Unidos, que nacieron de la virtud puritana y con las libertades inglesas la fortalecieron, sean tierra próspera y libre, no es de alabar tanto como que aquellos países que vinieron a la vida con la lanza de Alvarado clavada en el pecho, y el cilicio eclesiástico apretado en el cuerpo, hayan trocado la hipocresía e ignorancia coloniales en segura virtud republicana, del cuero de un cilicio hecho riendas para sus pasiones y de la lanza arado.

No sólo el problema de Nicaragua, sino uno de los más importantes de América, delinea con mano de maestro en su amplio y bruñido lenguaje el Sr Antonio Zambrana.

Así se ha servido escribirnos:

Señor Don José Martí

Mi distinguido amigo:

Cuando estas líneas se publiquen en “La América”, cuento para ello con la bondad de Ud., se encontrará probable-

mente en los Estados Unidos encargado de una misión importante, el Sr. General don Joaquín Zavala, ex-Presidente de la república de Nicaragua. El General Zavala ha prestado ilustres servicios a su tierra, y es ella un campo de observación muy interesante para los que siguen con simpatía reflexiva la marcha de los pueblos libres. Ud. comprenderá que yo quiera rendirle un sencillo homenaje y que venga con ese objeto a las columnas de su periódico.

La república de Nicaragua es, en efecto, el bello hogar de un pueblo laborioso y honrado que acredita todos los días la competencia posible de nuestra raza para el gobierno y las instituciones de la libertad. El sosiego en que ha permanecido durante los últimos quince años nos bastaría, ciertamente, para demostrarlo. Lógrase en otras partes la tranquilidad de la superficie con dictaduras sofocantes, que ahogan la voz de las ouestas y vibrantes pasiones; pero que las mantienen palpitando en el fondo de la sociedad, prontas a reaparecer, en súbita explosión, y a repetir, con iras acumuladas, el combate que se interrumpió. Hay entonces una paz, hecha de miedo y de egoísmo, que es una enfermedad social. Lo que cautiva al pensador desapasionado es el vigor sano con que las extremas ideas políticas viven y hacen su